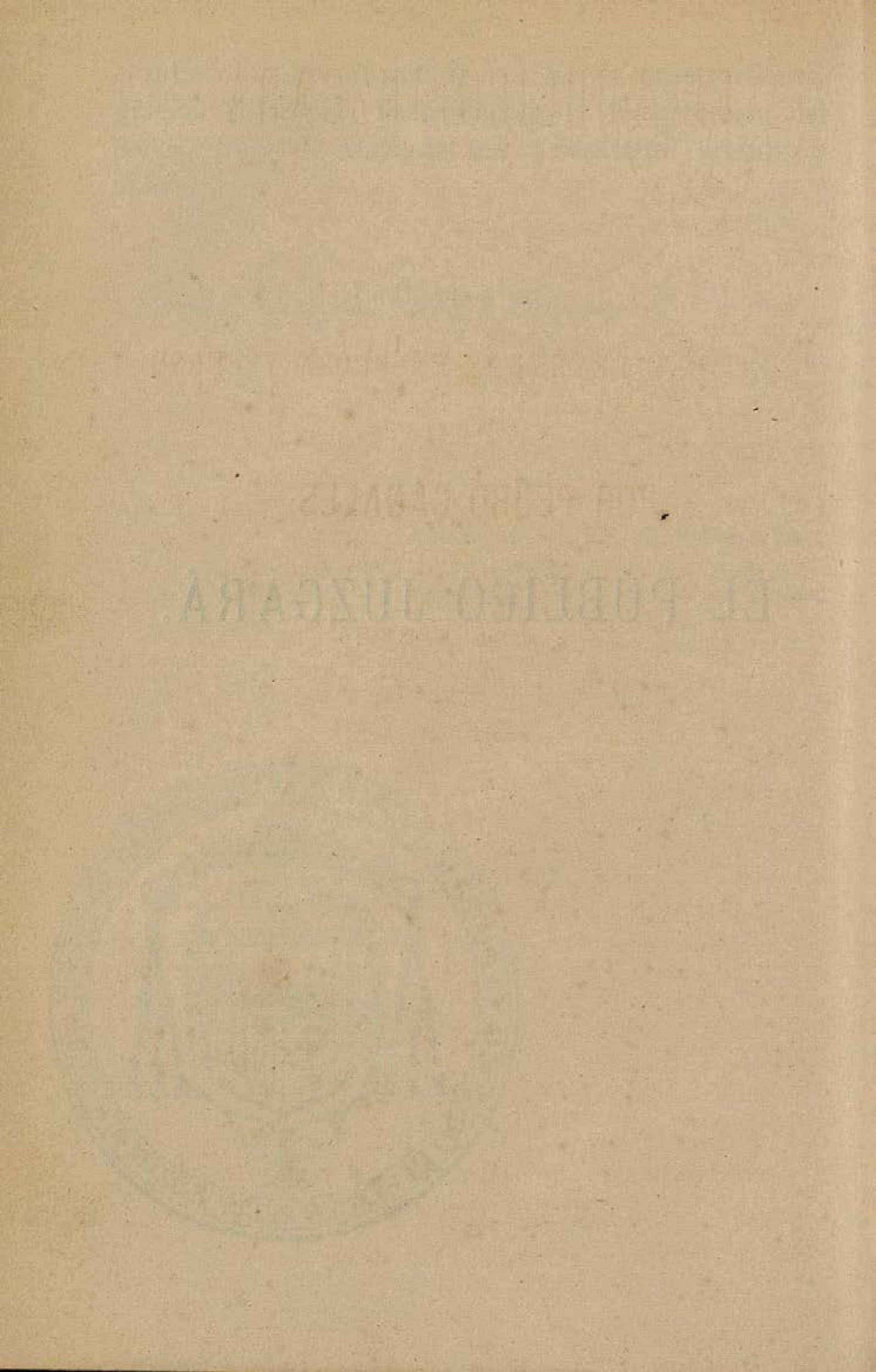
EL PÚBLICO JUZGARÁ.



EL PÚBLICO JUZGARÁ.

OPÚSCULO

QUE

CONTIENE LEYENDAS EN PROSA Y VERSO

ESCRITAS

POR PEDRO CANALES,

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

POR JOSÉ PEREIRA.

CÁDIZ

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JOSÉ MARÍA GÁLVEZ.

TENERÍA Y SACRAMENTO, 42.

1879.

A mi querido amigo y compañero

RAMON LEON MAINEZ,

En testimonio de cariñoso recuerdo,

P. Canales.

A mi buen amigo
el ilustrado Cronista de
la Ciudad y Provincia
Sr. D. Jose Rosetty en
prueba de afecto del
Autor

PRÓLOGO.

Nuestro amigo y compañero P. Canales acude al juicio público, y á él somete dos de sus trabajos literarios, que no han merecido la aprobacion de los que á sí propios se conceptúan perfectos en sus obras y en sus censuras, hurtando á la Omnipotencia sus privativos dones.

Escribió nuestro amigo la selecta prosa que se titula En su honor y para su gloria, con el objeto de reivindicar para Cádiz un título que le pertenece, subsanando al mismo tiempo una omision indisculpable, tratándose de hechos históricos que se relacionan con la vida del esclarecido pintor sevillano Bartolomé Estéban Murillo.

Pero fué tan menguada la crítica, ó tan soberbio el amor patrio, que un Jurado, como lo son en lo general en el dia, no conceptuó, no ya digna de loa, sino ni áun del honor de la lectura, la obra de nuestro querido amigo, cuya tercera edicion ofrece hoy al público ilustrado, el que ha de juzgar si obró cuerdamente, ó por pasion, el Jurado del certámen á quien acudió el autor del escrito, sometiendo á su discrecion é imparcialidad su acabado trabajo. Para remarcar más la, en nuestro concepto injusta, repulsa ó negativa de aquel Jurado, baste decir, que en contienda literaria entre hombres doctos, mereciera especial mencion el trabajo de nuestro amigo, tenido en poco por apasionados críticos.

De la lectura del escrito á que nos referimos se desprende lo que omitimos, por no molestar con nuestros elogios á quien la pasion no supo premiar.

Dejando este particular para venir al segundo objeto de este breve prólogo, pasaremos á ocuparnos rápidamente del escrito en verso de nuestro modesto amigo.

Suponga el lector que para un certámen se les da á

los escritores tres meses, y el Jurado del certámen se tomó siete: ¿hay regla de proporcion?..

Pero no entraremos en materia respecto á este particular, porque sería darle valor á un juicio que no lo tiene, y rebajar el de una composicion poética, en la que, si bien como en toda obra humana, pueden notarse faltas, no es acreedora á dictámen injustificado. Los certámenes se van cubriendo del más espantoso ridículo por la necia pretension de los individuos que forman sus Jurados, pues se creen algunos perfectos al juzgar los trabajos de otros, cuando todo es perfectible, toda vez que la perfeccion sólo es atributo de la Omnipotencia.

Juzgue el público por su lectura de los defectos ó bellezas de la leyenda de nuestro amigo, titulada SANTA CRUZ SOBRE LAS AGUAS, respecto á la cual omitimos nuestro juicio, por no incurrir en su favor en vicio de pasion, como los que sin bastante imparcialidad la juzgaron adversamente.

El público juzgará, y su fallo dará la razon al autor de los escritos ó á los que tan ligeramente los apreciaron, al par que comprenderá que hemos cumplido un deber de amistad y compañerismo, sin poner nada de nuestra parte, que pueda hacer que el público incline la balanza de su juicio en pró del que estamos seguros que lo obtendrá laudatorio.

Jose Pereira.

EN SU HONOR Y PARA SU GLORIA.

APUNTES PARA UN DETALLE

DE

LA VIDA DE MURILLO.

I.

Al leer en el ilustrado periódico *La Andalucía*, que se publica en Sevilla, una série de interesantes artículos titulados *Murillo*, apuntes para el estudio de su vida, dedicados al profesor de estética D. Francisco Fernandez y Gonzalez, los que se hallan suscritos por D. Faustino Sancho Gil, y fechados en Barcelona el dia 4 de Abril del año de 1874, notamos desde el momento en ellos una omision importante, la cual tratamos de subsanar.

Esta omision, que, en nuestro concepto, es digna de tenerse en cuenta, podrá tal vez no existir en algun otro escrito que, sin duda, debe haberse dedicado á conmemorar las glorias del preclaro Príncipe de los pintores sevillanos; pero esto no obsta para sentir hondamente que, al darse al público *apuntes* para la historia del egregio artista, se haya omitido en ellos la enumeracion de uno de los más interesantes episodios de la vida de Murillo, de dar á conocer la existencia de varias inestimables joyas debidas al mágico pincel de tan gran génio, y el lugar en que se guardan tan preciados tesoros.

Muévenos á escribir estas líneas el culto que tributamos al arte, el amor que profesamos á todo cuanto se relaciona con las obras de tan inspirado artista, y el deseo de subsanar tamaño olvido, siquiera sea involuntario.

Bien comprendemos que tal empresa es digna de la pluma de uno de tantos distinguidos escritores que componen la brillante pléyade que cuenta Sevilla entre sus ilustrados hijos; pero, en gracia del móvil que nos impulsa, séa-

nos dispensado nuestro atrevimiento, y acoja la patria del esclarecido Murillo este modesto trabajo, como expresion cariñosa de sincera gratitud por la proteccion que nos ha dispensado en varias épocas de la vida.

II.

Destácase de entre celajes de bruma *la perla del Océano* engastada en sus rocas.

Cual nítida paviota, aparece dormida, extendiendo sus blancas alas sobre la inmensa planicie del movible elemento, rompiendo el trasparente espejo de sus aguas, donde se refracta el purísimo azul del Cielo, más diáfano y más brillante cuanto más léjos se admira y se ve confundirse en un solo y extenso horizonte.

El sol irradia con sus dorados rayos todo el ámbito de la ciudad, prestando sus colores con variados prismas, no á las flores, arbustos y palmeras, sino á las inhiestas, elevadas y caprichosas torres, en cuyos límpidos cristales se reverbera, produciendo caprichosos cambiantes de luz.

El ambiente que vivifica con la pureza de su hálito, no está impregnado con la fragancia y el perfume de la vegetacion, sino embalsamado por las emanaciones del mar cuyo oxígeno da nuevo vigor á la vida.

No se alzan arrogantes minaretes ni avanzadas atalayas: la ciudad ni es muzárabe ni es gótica, y sin embargo, le llamaron *Djecira Cades* los musulmanes, como ántes *Gadir* ó *Gadira* sus fundadores los Fenicios; *Gades* los romanos y *Augusta urbs Julia Gaditana* el héroe gefe de aquellos dominadores, Cayo Julio César...

En la parte sur de la Cádiz moderna admírase severo, casi aislado, próximo al mar y en uno de sus parajes más elevados, antiquísimo templo, cuya fundacion data del año 1641, que fué dedicado á Santa Catalina, y para atender á su culto puesto á disposicion de monjes Capuchinos.

Nadie diria en la actualidad, al pasar junto á la iglesia, que en aquel casi desierto edificio se encierran joyas de tan inestimable precio como la obra póstuma del inmortal Murillo, como uno, si no el mejor, de sus inimitables cuadros, y una de esas Concepciones que le valieron el título de pintor de ellas......

Nuestra pluma es tosca; nuestro ingenio pobre; nuestros conocimientos escasos para tocar como se merece tan grande asunto, para darlo á conocer cual él requiere, para describir tan sublimes portentos del arte...

A pesar de estas desventajas, perseveramos en nuestro propósito de dar una idea que pueda servir de recuerdo, que escrita con más galanura llegue un dia á formar parte de la historia del inspirado creador de la escuela sevillana.

En el referido templo, sobre el altar del centro de la nave derecha, se halla el cuadro que representa la impresion de las llagas de San Francisco de Asís.

Este portento del arte reune al misticismo religioso que respira, la perfeccion suprema del arte unida á la inspiracion.

Es ideal, en la expresion del Santo, que revela verdadera uncion cristiana; en su actitud humilde y suplicante, y hasta en el color excesivamente pálido de su rostro.

¡Qué podremos decir que baste á explicar el efecto de la visualidad bajo el punto de su verdadera luz!...

El Santo parece animado: el mutismo que expresa su semblante es la verdadera manifestacion del éxtasis mental.

En esta obra, que bien pudiéramos decir que es hoy la primera, despues de la mutilacion del cuadro de San Antonio, están resumidos todos los dotes artísticos del gran pintor.

En él se nota el perfeccionamiento de su acabada escuela, el resultado de sus largos estudios prácticos, la refinacion del gusto especial de sus composiciones y el conjunto de su inspiracion sobrenatural.

No es un cuadro de composicion atrevida y grandiosa como el de San Antonio, pero la expresion de la fisonomía de San Francisco y la del lego que le acompaña son de más mérito que la del San Antonio del cuadro mutilado, ántes del bárbaro y sacrílego robo. Y es más aún: no sólo es incomparable el mérito de la fisonomía de San Francisco, sino todo el santo, que puede rivalizar con ventaja en todas sus perfecciones con el San Antonio, aquilatando el gran valor del cuadro que está en Capuchinos la circunstancia de no haber sido mutilado, por lo que no titubeamos en asegurar que el San Francisco de Asís es hoy la mejor imágen salida del pincel de Murillo, y sólo comparable en valor artístico á los medios puntos que de él existen en la Academia de Bellas Artes de Madrid.

III.

Por los años de 1680 daba término á este monumento de su gloria el inmortal Murillo y comenzaba á pintar la imágen de la Asuncion, que existe en dicho templo, y que, co-

mo todas las vírgenes producidas por su inimitable pincel, es la expresion sublime de la divinidad trasmitida al lienzo en un momento de inspiracion y de éxtasis religioso.

Nada hay comparable á la expresion dulcísima del rostro de esta vírgen; nada que pueda asemejarse á la infantil é inocente sonrisa de los ángeles que la rodean, séres impalpables creados por la rica fantasía de génio tan sobrehumano.

IV.

La Providencia, sin duda, tenia dispuesto que aún brótara del pincel de Murillo su última epopeya, la obra póstuma que habia de abrirle las puertas de la eternidad...

Terminados sus anteriores trabajos, Bartolomé Estéban concertó con los monjes Capuchinos emprender la que debia ser su última obra, ó, mejor dicho, la última que habia de comenzar.

La imágen de Santa Catalina fué el asunto elegido por los monjes, y aceptado por el artista, para el cuadro que habia de ocupar el retablo del altar mayor del referido templo.

Tocábale á Murillo dar forma al pensamiento y su fecunda imaginacion se lo sugirió adecuado, presentando á la Santa en el momento solemne de sus desporios con el Niño Jesús.

Más que en otras de sus pinturas, abunda en ésta la poesía que revela el conjunto armonioso y brillante de su imaginacion creadora.

¡Oh! este lienzo estaba llamado á ser la última y más sublime página de su grande é imperecedera historia!

Presintiendo el fin de su existencia, su expléndida naturaleza quiso hacer el postrero y más potente esfuerzo para demostrar, sin duda, que la última llamarada de luz que lanzaba su espíritu, era bastante para dar vívidos fulgores, que alumbrasen constantemente su inmarchitable corona de artista...

Trabajó en su obra póstuma el sexagenario Murillo con el entusiasmo innato en él, si bien con la dificultad que prestan los años, y á esto tal vez se debiera su infortunada caida.

Hecho el boceto, el artista empezó por terminar el remate ó coronamiento de la obra, que lo forma la imágen del Padre Eterno, el cual desde la altura presencia y bendice las nupcias de su hijo con la vírgen Catalina.

Este trabajo es inmejorable y no desmerece nada de la grandiosidad de las obras de Miguel Angel.

En primer término de este cuadro aparece la Vírgen con el Niño Jesús sobre sus rodillas; Santa Catalina, de hinojos, recibe de manos del Niño el anillo nupcial.

Una ráfaga de luz que figura descender desde la altura donde se halla el Eterno Padre, da mayor animacion á este interesante grupo, iluminándolo por completo.

Rodéanle multitud de ángeles, quedando en último término un rompimiento iluminado por la claridad, el cual parece el pórtico de un templo.

La expresion de Santa Catalina es la de una dulzura y gozo inefables; la del Niño Jesús, del más tierno y amoroso cariño, y la de la Vírgen, la dicha de sobrehumana felicidad por aquel casto consorcio.

Los ángeles participan de la misma expresiva alegría, más remarcable por la inocente manifestacion de su cándida sonrisa.

Sobre todo el grupo revolotean pequeños ángeles alados que forman el séquito, digámoslo así, del Eterno Padre.

El cuadro reune todas las condiciones de buena composicion, armonía y perspectiva; pero, como hemos dicho ántes, descuella la figura del coronamiento que es superior á todo elogio, por apasionado que sea.

Hay que hacer notar una circunstancia desgraciada que vino á aminorar, en parte, el gran mérito de esta portentosa obra, rebajándole notablemente.

Por los años de 1831 ó 32 el guardian del convento de Capuchinos ordenó la restauracion del cuadro, encomendando este trabajo á un tal Marinelli, pintor italiano, quien desperfeccionó sacrílegamente la obra de un gran génio, cuya produccion debiera infundirle religioso respeto confesándose incapaz áun de admirarla. (*)

Marinelli se propuso retocar el cuadro, y lo hizo con tan mal arte, que sólo consiguió desmejorar su entonacion y colorido, sin que manos más hábiles que las suyas hayan podido despues remediar aquel gravísimo mal.

Sólo la imágen del Eterno Padre se libró de la profanacion de Marinelli, y este milagroso suceso es la causa de que aún podamos formarnos una idea exacta del verdadero mérito y valor de tan sublime pintura al salir de las manos de su inspirado autor..... (**)

(*) Otra version asegura que Marinelli sólo emparchó el cuadro por algunos sitios en que estaba deteriorado, reforzando el lienzo con otro por detrás. Nuestra imparcialidad nos aconseja poner esta nota.

(**) Tambien debemos hacer constar otro apunte histórico respecto á estos cuadros, y es, que por órden del Ayuntamiento republicano que presidió D. Fermin Salvochea, el año de 1873, fueron quitados del sitio que hoy ocu-

V.

Para conmemorar el infausto suceso histórico de la desgraciada caida del sublime pintor sevillano, la Academia de Bellas Artes de Cádiz publicó en 20 de Octubre de 1861 un notable programa, para el certámen pictórico de un cuadro que representase á Murillo en el acto de la caida.

El dia 3 de Junio del año de 1862 se exhibieron al público los siete cuadros que se presentaron al certámen, y el 22 de dicho mes se adjudicó el premio de 10.000 reales al Sr. D. Alejandro Ferrant y Fichermans, autor del cuadro señalado con el número 7, y el accesit de 5.000 reales al Sr. D. José Marcelo Contreras, que pintó el designado con el número 4.

Ambos cuadros existen en la Academia de Bellas Artes de dicha ciudad, y atestiguan nuestro aserto.

Algunas joyas más posee Cádiz del inmortal Murillo.

En el Museo existe un Ecce-Homo pintado para Capuchinos, obra tambien de indisputable mérito.

En la Iglesia de San Felipe hay una Concepcion, como suya, y entre los cuadros de la Merced un San Gerónimo cuya cabeza fué pintada por Murillo.

Creemos que en poder de varios particulares amantes del divino arte existen varios cuadros de tan portentoso artista.

VI.

Hemos terminado estos apuntes, dedicados en un principio al objeto ya manifestado; pero hoy, que la ilustrada Sociedad *Liceo Sevillano* invita en sus juegos florales á un certámen literario, acudimos gustosos á él, aunque sin títulos que nos animen á entrar en el palenque donde se premia la inteligencia, sino movidos del deseo de mayor publicidad, para que se conozca universalmente la existencia de las más preciadas joyas de Murillo, y que no falte en los apuntes históricos de su vida el dato verídico del triste episodio, que fué causa anticipada de su muerte. (*)

---

pan, y trasladados al Museo de esta ciudad, desde donde volvieron á llevarse á Capuchinos y fueron nuevamente colocados en su primitivo lugar.

En esta peregrinacion se trató de restaurarlos, no haciéndose más que cargar extraordinariamente de barniz el lienzo de la Asuncion.

(*) Las dos notas que hemos puesto á este escrito, no las llevan las ediciones anteriores.

SANTA CRUZ SOBRE LAS AGUAS.

LEYENDA.

I.

En los siglos de hierro florecieron
Ilustres y muy sabios campeones,
Que sus leyes y códigos nos dieron
Y ejemplos de valor á las naciones;
Héroes que por la patria perecieron,
Modelos de períncIitos varones,
Glorias de España, admiracion del mundo
Por sus grandes proezas sin segundo.

—

Descuellan entre Cides y Guzmanes
Y Vargas y Pulgares y Cisneros,
Cien y cien mil valientes capitanes,
Cumplidos y leales caballeros,
Que ponen coto al Moro en sus desmanes
Y esgrimen denodados sus aceros,
Recobrando la bella Andalucía,
Floron preciado de la patria mia...

—

Cual pocos, un monarca sabio y fuerte
Guiando á la pelea á sus legiones,
Sin del hado temer contraria suerte,
Ni del hijo arredrarle las traiciones,
Contra el alarbe desafía la muerte
Que desprecian sus santas convicciones:
Justiciero, valiente y aguerrido,
De sangre el campo deja enrojecido.

—

Miéntras Castilla con sus huestes tala
El hijo usurpador y despiadado,
Aunque lamentos mil el pecho exhala

El corazon del padre acongojado,
A la morisma indómita acorrala,
Por amor á su patria entusiasmado,
Y en noches tristes sus poesías bellas
Al mundo lega en forma de querellas.

—

Cántigas dulces, tierna melodía,
Trovas sentidas á su Reina ofrece,
A la del Cielo, á la sin par María,
Que en su lucha tenaz, le favorece,
Y en momento solemne de agonía
Hermosa ante su vista se aparece
Sobre almenada torre del castillo,
De do bendice al inmortal caudillo.

—

Celeste aparicion, grato consuelo,
Luz esplendente de fulgor divino,
Ráfaga desprendida de alto Cielo,
Crepúsculo del astro matutino,
Blanca paloma de pausado vuelo,
Precursora de próspero destino,
Que al noble Rey anima en la palestra,
Y á quien protege su potente diestra...

—

Carro triunfante de argentada estrella
Conduce á la Matrona en blanca nube,
Que escoge de entre todas la más bella,
Y aunque al empíreo trono excelsa sube,
Por consolar al Rey en su querella,
Una de tantas deja, cual querube,
Como presagio de ventura y suerte
En alto torreon de aquel gran fuerte...

—

En el famoso puerto de *María*
A quien nombre le diera Menesteo;
Allí, donde la ronca mar bravía
Arroja de su furia el gran trofeo,
La aurora al despuntar del nuevo dia,
Las legiones ardiendo en el deseo
De fin poner á tan feroz campaña
La marcha emprenden al confin de España...

—

Indomables, ansian la conquista
Los valientes ginetes, los peones,
Que á Gades ya contemplan á la vista,
Al aire dando del clarin los sones;
Pues su bélico ardor no hay quien resista,
Tambien al viento lanzan sus pendones,

Y á impulsos del deseo de combate
Henchido el corazon de gozo late...

—

La escuadra que Martinez comandaba,
Que gente de su equipo tenia en tierra
Y la lucha tambien ardiente ansiaba,
Pues entusiasta era de la guerra,
Aunque apénas sus anclas enclavaba
En ancho puerto que la barra cierra,
Al Almirante clama sin sosiego,
Disponga ya el ataque á sangre y fuego.

—

Del Rey por fin, cual rayo que despide,
En su choque furioso la tormenta,
Su voluntad de hierro se decide:
Sin que la tierra misma allí lo sienta
A Martinez sus órdenes expide,
Que el valor de sus gentes acrecienta,
Y en trance duro de morir matando
Los bajeles á Cádiz van cercando...

—

La aves que saludan la natura
Al tornar al encanto de la vida,
Y cantan de su amor en la espesura
Dulce trova de amor, que á amar convida,
Gozando de ese bien, grata ventura
Que casto afecto el corazon anida,
Medrosas del estruendo, atribuladas,
Huyen al bosque, tristes, desbandadas.

—

La orilla, que poblaban con sus trinos
Y alegres cantos dulces ruiseñores;
Las ondas, que los rayos cristalinos
De los astros con tibios resplandores,
Transforman en raudales argentinos,
Tórnanse, de mansion grata de amores,
En terrible arsenal, campo de Marte,
De donde el rayo de la guerra parte.

. . . .

—

Marchaba ya el ejército aguerrido;
Delante los peones y las lanzas;
Los corceles detrás, con gran ruido:
Cada cual meditando en las venganzas
Que concibe en tropel el pecho herido;
Y ansiosos de ganar nuevas privanzas,
El luchar es el solo pensamiento
Que da á sus corazones ardimiento ..

II.

El camino adelante
Corta rio caudaloso,
Que, por la puente ó el vado,
Pasan unos á pié, otros á nado:
Era el Lete, que más arriba nace
Y que el mar con sus ondas lo deshace,
Que opone valladar, mas no terrible,
A la tropa bravía
Que, al pasarlo arrogante,
Entusiasmada muestra su alegría;
Otro arroyo ó remanso,
No caudaloso rio, sino manso,
Atraviesan tambien, y felizmente
Celébranlo los jefes y su gente.
La bélica cohorte
Camina con acierto
A la villa realenga,
Sin que un punto la marcha se detenga;
Y de su férrea y muy pesada carga,
En jornada tan ruda y ya tan larga,
Un momento reposa el castellano,
Y siguiendo más tarde
Su emprendido camino
Hacer de su valor heróico alarde,
Cumpliendo como buenos,
Siendo rayos de guerra, que no truenos,
De furor, tempestad y de exterminio,
Excluyendo el incendio y latrocinio...
Apénas tregua dada
A la gente guerrera,
El son de los clarines,
Que llena de los valles los confines,
Al ginete y peon los acelera,
Cual torbellino fiero
De alabardas y almetes,
De deslumbrante acero,
Que chocan, crujen, suenan,
Y su estridente son los aires llenan,
Lamentos precursores
De sangrientos fatídicos horrores,
Signos de odio, guerra y desventura
Que suerte adversa en lontananza augura.

La marcha emprenden luego
Los jefes y soldados,
Y ráfagas de viento
Que conmueven la mar en su cimiento,
El rostro despiadado les azota,
E incandescente, turbia y gruesa gota
Vomitan ya las nubes á torrentes,
Inmensa catarata
De luz, de agua y de fuego!...
Terrible el torbellino se desata;
El terreno movible, pantanoso,
Tórnase en precipicio peligroso,
Que en vasto cementerio se convierte,
O enemigo crüel que da la muerte.

. . . .

. . . .

El Rey ansioso avanza
Y el camino mejora
El trance ya vencido;
Tambien avanza fuerte, enardecido,
El ejército fiel que le obedece,
Cuyo entusiasmo y el valor acrece
Por llegar á los muros codiciados
Do victoria le espera,
Descanso, paz y dicha,
Que les brinda la suerte lisonjera,
Pues las inhiestas atalayas moras
Cederán al empuje, en breves horas,
De los héroes de indómita arrogancia,
Emulos de Cartago y de Numancia.
Gadir, para los moros
La Sultana querida,
La siempre codiciada,
Envuelta entre las brumas de alborada,
Cual aurora riente que despierta,
Del ejército ve la descubierta,
Noticia tremebunda que se esparce
Por su pueblo aterrado,
Que en confuso tropel
Ante el Emir acude atribulado,
Pidiéndole que ceda en la partida,
Y que perdon alcance de su vida,
De sus hijos, mujeres y tesoro,
Aunque les cueste cien mil marcos de oro...

III.

Del Darillo en la ribera,
Entre plateadas salinas,
Al despuntar de la aurora,
Cual la ciudad enemiga,
Movimiento inusitado
Por todas partes se admira.
Allí la noche pasaran
Las falanjes aguerridas
Que el rey Don Alonso el Sabio,
Con sus deudos acaudilla,
Y que despiertan ansiosas
Para dar la acometida
Al baluarte agareno
Que contemplan con codicia.
Precioso cuadro presenta
Tanta gente allí reunida:
Unos que limpian sus armas;
Otros que el caballo embridan;
Aquel que canta de amores
Recordando bella niña
Que dejara allá en su tierra,
En red de amores prendida;
Unos cuantos que regañan;
El otro que vota y trina;
El de mas allá que reza
Y de su madre querida
Se despide, por si acaso
La suerte no le es propicia,
Y pierde luchando luego
En el combate la vida...
Levántanse pues las tiendas;
El tumulto se apacigua,
Suena el clarin, y sus voces,
Por cien otros repetidas,
Llevan á cada legion
Con sus señales concisas
Las órdenes apremiantes
De aprestarse á la embestida.
Fórmanse, pues, los peones;
Detrás la caballería;
El Rey y sus nobles jefes
Con esmero los revistan;

A cada cual le previenen
Qué empresa le es cometida;
Prudencia les aconseja,
Que valor no necesitan,
Que son bravos, son leales,
Gente terca y escogida,
Amantes de su buen Rey
Que á la patria sacrifica
La ostentacion y los goces
Que su grandeza le brinda...
Suena de nuevo el clarin;
Da la señal convenida;
Rápidos cual pensamiento
Doblan todos la rodilla:
Los prelados que acompañan
Al Rey en esta partida,
Al Cielo elevan sus preces,
E invocando de María
Su bendicion poderosa,
La de su diestra divina,
Desciende ésta del Cielo,
Sus nobles almas inspira,
Y al compás de los acordes
Que se mezclan con los vivas,
Aquella masa imponente
Con las armas bendecidas,
Sigue la playa adelante
Costea la mar sombría,
No sin que ántes preceda
A tan grande compañía,
La descubierta, costumbre
Que en la guerra se practica,
Y que lleva condiciones
Al jefe de la morisma
Que manda en la plaza fuerte
Que luego va á ser vencida.

. . . .

. . . .

En tortuosa calleja
De que es Gadir laberinto,
Se escuchan distintas voces
Si se atiende con sigilo
Y se escudriña con tiento,
Pues son de sexos distintos.
Ella es mora; él es mancebo
Que observa la ley de Cristo,
Pero que en amores arden
Y se adoran con delirio:

Ella le pide que ampare
A sus deudos compasivo;
El la promete ampararlos
Cuando se hallen rendidos,
Si la fe jurada cumple
Y por el Verbo divino
Ante las leyes cristianas
Los unen un mismo rito,
Dejando ella de ser mora
Para que el Cielo propicio
Bendiga la union sagrada
De dos almas que han nacido,
Aunque en distintas creencias,
Envueltas en el suspiro
De amor puro que los une
Por la Vírgen bendecido.

. . . .

. . . .

Ella le estrecha la mano;
El se ofrece su cautivo:
Ella entorna ya su reja
Y él con el paso atrevido
Torna luego á su bajel,
Porque es apuesto marino,
Miéntras la noble agarena
Con el corazon tranquilo
Dirige dulce plegaria
Al Dios de su bien querido,
Y espera ya venturosa
Entregarle su albedrío.

. . . .

. . . .

. . . .

IV.

De las naves en tanto con cautela
Hombres de guerra bajan á millares
Que el ánsia de luchar los tenia en vela,
Sedientos del combate y sus azares;
Surcan esquifes que luciente estela
Marcan en el espejo de los mares,
Y de ancho puerto en la serena playa,
Los descubre del moro la atalaya.

—

Fijan allí su planta los guerreros;
El Almirante escoge de su gente
Cincuenta, con sus pajes y escuderos,
A cual más esforzado y más valiente;
Entra de la ciudad por los senderos,
Visera alzada y el mirar prudente;
Ante el Emir presèntase en palacio
Y le intima se rinda en breve espacio.

—

El aguerrido y el marcial talante,
La lealtad que revela en su mirada
Caudillo tan nombrado y arrogante,
Vuelve en sí á la morisma acongojada,
Que mira del Emir en el semblante
La suerte que le tiene reservada
El Sabio rey que por las armas vence,
Y escucha la razon y le convence.

—

El bravo campeon y buen cristiano
Al musulman le impone condiciones;
Demuéstrale con ellas que es humano;
Que no espera le aceche con traiciones,
Y que del Rey su augusto soberano
Le lleva albricias, paz y bendiciones;
Que entregue la Ciudad, sin resistirse,
Pues en vano es luchar, sino rendirse.

—

El viejo moro, triste, acongojado,
Al caudillo cristiano su fe empeña
Súbdito ser del Rey que le ha enviado;
Lo jura ante su noble y santa enseña;
Las llaves de Gadir, atribulado,
Dispuesto está á entregar: cóncava peña
Su retiro será, do el fatalismo
Llore cual maldicion del islamismo.

—

Pedro Martinez parte presuroso
Llevando á Don Alfonso grata nueva,
Y aquel Rey bravo, ilustre y bondadoso
Admite del Emir la doble prueba,
Mostrándose con él tan generoso,
Que le exige ante todo no se mueva,
Viniendo á su presencia con presteza
Seguido de su pueblo y la nobleza.

—

Frente al castillo ó atalaya mora
Los nobles con su Rey, los capitanes,
Cuyos bordados trajes los colora

Con tintas mil cual bellos tulipanes
El astro que sus galas atesora;
La falanje española de titanes
Aguarda del Emir, triste, afligido,
Las llaves de Gadir que ha prometido...

—

Preséntase despues el jefe moro
Con su córte, su pueblo y sus doncellas,
Riquísimo, preciado y gran tesoro
De hurís deslumbradoras, ninfas bellas,
Perlas de rosicler, diamante y oro,
Con ojos cual luceros, como estrellas,
Dejando adivinar un paraiso
Entre tanta hermosura y tanto hechizo.

—

Adelántase, pues, con sus secuaces
El Emir de la plaza codiciada,
Y tras él cuatro moros montaraces,
Conduciendo en bandeja recamada,
Las llaves que ganaron por audaces,
Y á Alfonso llevan por la fe jurada,
Que el Rey acoge con segura diestra
Y al ejército fiel se las demuestra.

—

Y pueblo y Rey, el noble y el pechero,
Siguen al buen Martinez que adelanta
En brioso alazan, corcel lijero,
Y en la playa del sur sienta su planta;
Coge luego el Pendon, guarda el acero,
En la arena lo clava y lo levanta,
Y bañando los piés del noble bruto
Hace que el mar le rinda su tributo.

—

La empresa por la suerte es coronada;
El Rey y tropa muéstranse gozosos;
Los prelados bendicen la jornada
Entonando los salmos religiosos;
Vuelven á sus bajeles de la armada
Los marinos valientes, generosos,
Y en castillos, bajeles y piraguas
Flota el pendon de CRUZ SOBRE LAS AGUAS!

P. Canales.

Cádiz 30 de Marzo de 1878.